

ADAMOVSKY, Ezequiel (ed.) *Historia y Sentido. Exploraciones en teoría historiográfica*, El cielo por asalto, Buenos Aires, 2001, 157 pp.

La serie de artículos reunidos en esta compilación apuran un interés común, una unidad posible, deletreada en el intento de reflexionar teóricamente acerca de la práctica historiográfica. En su título se escanden los términos sobre los que se organiza la estructura reflexiva del libro. *Historia* entendida como la producción de narraciones acerca del pasado y *sentido* signando la búsqueda de una “vinculación” entre la reflexión histórica y la praxis social. Estas palabras expresan, además, un ánimo atento a una lectura de la disciplina histórica y de la sociedad. La de una escisión entre la memoria histórica portadora de prácticas colectivas y la producción estrictamente académica por un lado; y la pérdida de importancia, de dramatismo, de la historia (sea académica o no) en tanto pertinente al debate público para dirimir el conflicto social por otro.

En el artículo introductorio, el Profesor Adamovsky marca, entre otras causas de esta situación, el contexto de globalización, de pérdida de poder por parte del Estado, de grandes migraciones, que dificultan una de las “funciones” que hacen de la historia una actividad “vital” esto es *la presentación de identidades*, en la medida en que la nacionalidad ha cedido lugar en tanto concepto aglutinador y en cuanto a forma de movilización política, “no sería entonces este sujeto de características nacionales el que hay que historiar.” (p. 19) Por otro lado, un papel fundamental corresponde a lo que el autor llama “la ocultación del nacimiento de la actual Democracia”, ésta fue concedida y no obtenida como sostiene la historiografía. Interpretación no ajena de consecuencias como la sobrevaloración del activismo “ciudadano” que pesa en la labor de la historia académica, y que tiende a desdramatizar el pasado, a diluir el conflicto, volviendo el interés sobre las “desventuras” en el avance del proceso democrático.

En todo caso este libro se podría inscribir como una voz sumada a aquel debate llevado a cabo en los años 1993 y 1994 entre Ema Cibotti por un lado y Roy Hora y Javier Trimboli por otro, en el cual frente a la propuesta del aporte de una “generación ausente” a la constitución de una historia profesional estos últimos autores señalaban los problemas que, producto de la escisión entre “historia y política” con la consiguiente “baja de tensión” en la forma de abordar el pasado, había conllevado dicha emergencia. Año más tarde, el eco del debate encontró su oído, en un artículo que no dejó de ser controvertido, publicado, en el año 1995, por uno de los principales impulsores de la conformación del campo profesio-

<sup>1</sup> Tal crítica a la desconexión entre el trabajo histórico y la lucha política cristalizará entre los postulados centrales del *Manifiesto de Octubre* (1998) firmado, entre otros, por J. Trimboli, I. Lewkowicz, H. Tarcus, E. Adamovsky. Para un tratamiento del *Manifiesto de Octubre* ver ACHA, José Omar y HALPERIN, Paula “Retorno a la democracia liberal y legitimación del saber: el imaginario dominante de la historiografía argentina (1983-1999)”, en *Prohistoria*, núm. 3, Rosario, 1999.

nal, Luis Alberto Romero, bajo el título “La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional”.

La respuesta a este desafío no es uniforme. María Inés Mudrovcic hace un esfuerzo por fundamentar el rol del historiador y de la historia académica en cuanto esencial en la reconstrucción de la memoria colectiva. La historia académica, en su conformación, obturó esa comunicación en la medida en que se abocó a la reconstrucción objetiva del pasado con un sesgo de impermeabilidad respecto al presente y basada dicha reconstrucción, esencialmente, en las reglas de legitimación del oficio. La autora sostiene que la “conciencia histórica” es central para la construcción de grupos sociales en tanto construcción significativa de su pasado. Montada sobre la noción fenomenológica de “experiencia común” señala que dicha reconstrucción dinamiza el presente en función de un pasado y un futuro. Esta memoria histórica es, según la autora, la condición de posibilidad de la historiografía. La historiografía habría abandonado dicha *función cívica* la cual debería asumir en la medida que lo que está en juego es el *uso público* de la historia. Este interés práctico por la producción histórica es asumido, desde otra perspectiva, por Omar Acha, quien busca rescatar al marxismo en cuanto alternativa para reconstituir el vínculo roto entre historia y política. Propone una recuperación crítica de la teoría marxista en dos sentidos, por un lado como teoría social a ser desarrollada en la propia investigación histórica y por otro como filosofía de la praxis. En este último punto estaría tematizado el *sentido* de la historia, el autor distingue, dentro de la tradición marxista, la filosofía especulativa de la historia (visión teleológica) y *filosofía sustantiva* de la historia que corresponden a la tradición inaugurada por Walter Benjamin que involucra una imagen de futuro (vg. a cada uno/a según sus necesidades) a manera de *deseo*. La filosofía sustantiva de la historia, dice el autor, “posee un componente poético y que abre el horizonte de lo posible, pero inmediatamente se conecta con las necesidades cognitivas, con un control epistemológico. Precisamente, lo sustantivo de la historia es que el deseo pueda realizarse.” (p. 46) Para José Emilio Burucua la preocupación por el sentido “actuante” de la historia, sin desdibujarse, abre otro rumbo. El telón de fondo de su artículo es el viejo debate entre ciencias duras y ciencias blandas, el interés por una justificación de tipo “utilitaria” de la disciplina frente al Estado, de los fondos que recibe del mismo. Su artículo, asumiendo el desafío, reflexiona acerca del interés del dictado de una historia universal en una Universidad Argentina, y, más significativamente, para la historia Argentina. El sentido de la actividad histórica se traza, también aquí, y entre otras razones, en el deseo benjaminiano por la redención de las injusticias por los oprimidos. (p. 77)

Los trabajos de José Sazbón y Elías Palti, desde una perspectiva filosófica el primero y desde la historia de las ideas el segundo, allanan el camino en torno a un tópico que podríamos definir, para hacer clara la propuesta, como *devaluación del tiempo histórico*. Por un lado José Sazbón retoma el análisis del estructuralismo (C. Levi-Strauss) y post-estructuralismo (H. White), en ambos caso se conjura el dominio histórico, mediante el “retiro al código” o el “retiro a la trama”. En uno y otro casos la historia pasa a ser un conjunto de articulaciones, sea de codificación cronológica, sea mediante la lógica de la trama en el cual el registro de historicidad se pierde. Las consecuencias prácticas que ello

conlleva es que relega la acción en sentido histórico al ámbito del mito. Dice el autor, "En esta línea de argumentación, lo que se eclipsa no es la historia (pues ésta ha sido redefinida como un código específico dentro de la división del trabajo intelectual), sino la pretensión de objetividad del impulso cognitivo de la acción práctica: en esta otra acepción, mundana, interactiva, proyectual, la historia es indiscernible del mito." (p. 84) Elías Palti intenta complejizar un elemento que en el pensamiento posmoderno es entendido como novedad pero fundamentalmente como irresolución racional. La idea de tiempo en tanto "efímero", "la inmediatez", "la transitoriedad". Proponiendo una historización del término, Palti rastrea cuáles han sido efectivamente los conceptos de tiempo que se han sucedido desde el siglo XVIII; el Newtoniano, el Romántico, el de Bergson, etc. Su aporte central es el demostrar, apoyado en las teorías del Caos de Prigogine, que "cambio" y "razón" no son términos contrapuestos, es decir que, a partir del desarrollo de la teoría de la termodinámica (desarrollo caótico, aleatorio de las partículas a partir de un *evento* pero manteniendo un orden general) por un lado y de la biología por el otro, permiten pensar, para los estudios históricos, que la ruptura con la idea de tiempo lineal y con una dirección de la modernidad, la aceptación de la noción de ruptura e irreversibilidad no necesariamente conduce por la senda de la irracionalidad.

María Eugenia Borsani y Rosa Belvedresi, desde una perspectiva epistemológica, partiendo de un examen de los trabajos de H. G. Gadamer y R. G. Collingwood respectivamente, muestran el componente enriquecedor de estas teorías para el conocimiento histórico. El trabajo de Borsani rescata la noción de "interpretación" de la hermenéutica gadameriana, en tanto que en el acto interpretativo que realiza el sujeto se encuentra todo el peso de la "tradición", es decir que se historiza el hecho interpretativo, el historiador diríamos resignifica el material a partir de la mediatización con sus propios condicionamientos. En este sentido los prejuicios y la autoridad son incorporados por Gadamer como requisitos imprescindibles para la comprensión. Esta marca de *historicidad* del sujeto que interpreta es central para conjurar la noción de *intérprete neutro* de raíz positivista. En esta dirección, Belvedresi rescata la obra de R. G. Collingwood, especialmente su idea de un sentido práctico de la historia. Para Collingwood el pasado estaba "encapsulado" en el presente y, por lo tanto el presente no podía comprenderse sin referencia al pasado que le dio origen. En su lógica sólo el ojo observador del historiador era el que podía aportar claridad para comprender el presente. La autora rastrea la noción de "reactualización" de Collingwood, la historia como historia del pensamiento en el sentido de una "reactualización" del pensamiento de los agentes históricos involucrados en tal o cual acción. Desde otra perspectiva, respecto al propio trabajo histórico, se estudia el peso relativo que Collingwood otorga a la *evidencia*, por contraposición a la idea antigua de "testimonio y autoridad", en la medida en que complejiza la noción de documento histórico convirtiendo todo "resto del pasado" en *evidencia* para la interpretación histórica.

En la medida en que muchas de las líneas centrales del libro abrevan en el presente, uno sus núcleos posibles, allí recalca también, un apremiante y, acaso no menos presuroso,

llamado humanista, por un pasado más cualificado que sumario. La insistencia en que somos seres profundamente históricos. En el poema *The Dry Salvages*, como lo recordara Ricardo Piglia, T. S. Eliot dijo "We had the experience but missed the meaning, And approach to the meaning restores the experience..." La difícil tarea de recuperar el sentido del pasado, conjura de retablo, se aviene con una certeza, la de saber que no escapa a su futuro.

DARÍO ARNOLFO  
**prohistoria**